

## Pensando la noción de lugar a partir de un giro en el pensamiento geográfico

CARLOS MARIO YORY<sup>1</sup>

**RESUMEN:** Uno de los temas que hoy en día cobra mayor importancia en el contexto de la globalización es el del *lugar*, toda vez que es sobre la valoración política, social, económica y ambiental que se le otorga a éste que se juega el destino de la humanidad dado que sobre él se definen los encuentros y desencuentros que nos acercan o alejan como individuos y como sociedad. Entender las múltiples dimensiones que cobija su hondo significado resulta crucial para establecer la naturaleza y características de nuestra interacción, no sólo con espacios determinados, sino con el mundo en general a la luz de la formulación de nuevos pactos sociales que pongan en ejercicio una también nueva idea de territorialidad.

**ABSTRACT:** One of the most important issues in today's context of globalization is that of place. The political, social, economic and environmental value placed on it determines the destiny of mankind, since it defines the coincidences and lack of coincidences that bring us closer together or separate us both as individuals and as society. Understanding the multiple dimensions of its deep significance is crucial for establishing the nature and characteristics of our interaction, not only with certain spaces but in the world in general in light of the establishment of new social pacts that implement a new idea of territoriality.

*Palabras clave:* pensamiento geográfico, modernidad, hábitat humano, lugar y territorio.

*Keywords:* Geographical thought, modernity, human habitat, place and territory.

<sup>1</sup> Arquitecto. Doctor en Geografía Humana con Posdoctorado en Antropología Social, docente en la Universidad Nacional de Colombia y en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (México) y de Colciencias. Correo electrónico: <alzajir@yahoo.es>.

I. LA IMPORTANCIA DE PENSAR LOS GIROS CONTEMPORÁNEOS  
EN LA IDEA DE LUGAR A PARTIR DE LAS RELACIONES  
ENTRE LO LOCAL Y LO GLOBAL

Cuando en febrero de 1517 Francisco Hernández de Córdoba arribó a las costas de la península yucateca en medio de la confusión ocasionada por una tormenta, lo primero que hizo fue tratar de establecer en dónde estaba, para lo cual interrogó al primer aborigen con el cual se topó, quien, a la pregunta de ¿dónde estamos? respondió con la frase “IYuk Atan”, que en el dialecto correspondiente de la lengua maya quiere decir: “no soy de aquí” o, lo que es lo mismo en el contexto de la frase: “no tengo idea...”; expresión que, a la luz de la respuesta que esperaban los conquistadores, paradójicamente le dio nombre a la península de Yucatán; de esta forma, fue esta denominación “negativa”, ya que no respondía la pregunta, la que bautizó el lugar en las cartas españolas.

En el marco de esta temprana referencia, y a la luz de la “tormenta” ideológica, económica, social, espacial, cultural y ambiental que acompaña el proceso globalizador que estamos viviendo, la pregunta de Hernández de Córdoba adquiere hoy en día una particular relevancia, toda vez que de su respuesta depende la definición del piso firme que, como lugar de referencia y, por qué no, de identificación, podamos o no estar pisando; lo inquietante es que la respuesta de nuestro aborigen maya también la cobra: “no soy de aquí” parece ser la respuesta que nos lleva a dar la globalización a la pregunta de ¿en qué lugar nos encontramos?

Lo anterior en función de la paulatina pérdida de referencias que de una u otra manera tradicionalmente nos ligaban a un determinado contexto socio-geográfico; al menos ésta resulta ser la tendencia que hoy en día, desde la perspectiva economicista que alienta la globalización, caracteriza la aparente dilución de

la tradicional noción simbólica de lugar (su valor de uso y significación) poco a poco desplazada por el valor de cambio (de intercambio) que representa la mercantilista, relativista, móvil y aleatoria idea contemporánea de lugar, entendido en el concierto global como “lugar estratégico”; situación que, a nuestro modo de ver, da cuenta de un *giro* en la noción de valor de tal suerte reducido a precio (el que en consecuencia cobra uno u otro lugar en atención a la manera como puedan ser aprovechadas por el mercado sus precondiciones).

En consecuencia, lo que tenemos aquí es un *giro* en la propia noción de lugar desde la cual éste deja de entenderse como un “lugar de ser” para asumirse como uno de “tener” (en el sentido economicista de la palabra), con las gravísimas consecuencias ontológicas que esto supone para aquellos que no tienen, desde las cuales, el no tener posesión alguna resulta sinónimo de “no ser” y, por tanto, de “no tener lugar”.

De esta suerte, o mejor, de esta “mala suerte”, se deriva un nuevo *giro*, esta vez en la descripción sociológica de la estructura de nuestra sociedad, desde la cual la explicación topológica del arriba-abajo que acompañara la imagen, mal que bien incluyente aunque selectiva, de la pirámide social, resulta insuficiente para dar cuenta de la situación del dentro-fuera impuesta por el nuevo orden excluyente del pensamiento hegemónico global. Aquí, la sinonimia establecida entre ser, tener, poder y valer no deja dudas: la mayor parte de la humanidad no tiene lugar...

Lo paradójico de esta situación es que la lógica del intercambio supone el reconocimiento de las diferencias y, por tanto, de las especificidades de cada lugar (en tanto potenciales ventajas comparativas); de no ser así, ¿qué podría intercambiarse? De ahí que la noción de “ventaja comparativa” que alienta y da sentido a la dimensión topológica del capitalismo apuntalándolo espacialmente en lugares concretos (aún en el contexto de la relativamente reciente economía pos-fordista que hace gala de una supuesta

deslocalización, mejor entendida como producción desconcentrada que como ausente de localización) va acompañada de una entrada en valor de cada lugar y de cada territorio en función de lo que uno y otro esté en condiciones de poner en circulación, valga decir de ofrecer en el mercado. Así, tener (ser) resultará sinónimo, no solo de tener que ofrecer, sino, y sobre todo, de tener que hacerlo; es decir, de *tener- que- ofrecer* para cobrar un lugar en este mundo-mercado...

Sobre esta base, si la pregunta ¿de dónde somos?, o, mejor aún ¿a dónde pertenecemos?, deviene rápidamente, en este contexto, en la pregunta ¿desde dónde ofertarnos?, ¿cómo no renovar nuestra pregunta existencial por el sentido del lugar, de nuestro pretendido lugar? O, más aun, ¿cómo no tratar de responder a la pregunta de si tiene sentido hoy en día “ser de un lugar”? y, en consecuencia ¿qué deberíamos entender por lugar para proyectar desde allí nuestra relación con el mundo? A fin de cuentas, y como bien lo constata el pensamiento geográfico, toda época está definida por una idea de mundo, una de ser humano y, por tanto, una de la relación entre ambos; es decir, una idea de habitar remitida específicamente a una u otra idea de lugar.

El siglo XXI no ha sido la excepción; de hecho, en los albores de esta nueva modernidad ha comenzado, de manera alegre y entusiasta, confiando en los logros de la revolución técnico-tecnológica y en su promesa de constituir, a partir del cambio de paradigma civilizatorio que la informática y los nuevos medios de comunicación han traído consigo, un mundo mejor y más cercano (entre otras cosas, gracias a ese nuevo “espacio público” que ofrece Internet) basado en la idea de un “lugar común” (la ciudad-mundo), único escenario, abierto y global “para todos y todas” en el cual podamos desplegar libremente nuestras posibilidades de ser verdaderos “ciudadanos del mundo”; aspiración cubierta por esa abstracta e intangible sombrilla que resulta ser la declaración universal de los derechos humanos (en la que se inscribe no

solo el contrato social, sino el propio *derecho a la ciudad*) desde la cual todos ante la ley debemos y podemos gozar de una vida digna, un hábitat seguro, digno y amable, un ambiente sano, un empleo, un techo y, por qué no decirlo en el tono tan eufemista como triunfalista que acompaña la globalización neoliberal: *¡una ciudadanía universal!*

Todos, hay que decirlo, los que compartamos una cierta lógica de sentido, un cierto rango en la sociedad y, por supuesto, un mismo ámbito territorial (así este sea virtual), dado que, en este último sentido, el carácter de universalidad de los derechos se encuentra limitado, de plano, por el hasta ahora insalvable muro de la nacionalidad, como lo demuestra la situación a la que se ven sometidos los millones de inmigrantes que, indiferentes de sus destinos y, muchas veces, de su estatuto migratorio, ven limitado el disfrute de sus derechos por ser considerados ciudadanos de segunda o de tercera categoría.

Valga decir que, desde el contexto del pensamiento único que acompaña el actual orden global hablamos, así, de “un único mundo”, paradójicamente a la vez abierto y cerrado, excluyente y multicultural, apenas diferenciado localmente por las ventajas comparativas que alientan el intercambio y proporcionan su razón de ser a la economía de mercado y al flujo del gran capital.

En medio de los *giros* antes mencionados, y de los nuevos “pisos” que éstos nos ofrecen, las preguntas que nos hemos trazado en este punto para tratar de entender la idea de lugar que acompaña este mundo global no pueden ser otras que: ¿cómo hemos de vivir los seres humanos en este nuevo contexto mundial? ¿Cuál es el proyecto de habitación que nos es dado asumir en el marco de la globalización?, y ¿qué idea de lugar debemos construir para hacer viable dicho proyecto? Preguntas que, a nuestro modo de ver, solo pueden responderse desde la formulación de un nuevo piso epistémico que, a la luz de una idea renovada de modernidad, en cualquier caso parta de la comprensión

del propio *giro* que, en nuestra opinión, ha venido dándose en los últimos años en el pensamiento geográfico en torno a la idea de lugar; piso que tendría que integrar, desde una perspectiva tecnopolítica y económica, una etnografía del lugar, una semiología del territorio, una arqueología de la modernidad y una genealogía de la cultura.

Pero ésta es una tarea que, por su amplitud, apenas queremos insinuar ahora a través de algunas muy breves e imbricadas consideraciones provenientes, en principio, de un campo disciplinar que por su aparente lejanía con las ciencias sociales resulta ser una inusitada referencia; nos referimos a la física y, más exactamente, a los cambios de estado, acaso “giros” de la materia, suscitados por el aumento o la disminución de la temperatura-ambiente; situación que no deja de parecernos no solo sugerente, sino pertinente, a la hora de tratar de entender los *giros* aludidos en el pensamiento geográfico provenientes de los bruscos “cambios de temperatura” que a todas luces afectan nuestro ambiente. Aclaremos que nos referimos aquí a una forma metafórica de “calentamiento global”, producido menos por las emisiones de dióxido de carbono a la atmósfera (que también cuentan) que por las múltiples fricciones sociales, económicas, políticas, ambientales y culturales ocasionadas por el actual modelo globalizador.

A propósito de los múltiples *giros* de los cuales hemos venido hablando, ¿por qué no un *giro* de disciplina si analógicamente nos ayuda a entender los propios *giros* que han venido ocurriendo en el pensamiento geográfico? O ¿es que acaso no estamos asistiendo a un aumento en la temperatura global y, por tanto, a un cambio de estado de la materia-mundo?

II. APUNTES PARA LA COMPRESIÓN DE UN “GIRO”  
EN EL PENSAMIENTO GEOGRÁFICO, EN TORNO  
A LA IDEA DE LUGAR, CONCEBIDO A PARTIR  
DE LOS CAMBIOS DE ESTADO DE LA MATERIA

El paso de lo sólido a lo líquido se denomina licuefacción; el de lo líquido a lo sólido, solidificación; el de lo líquido a lo gaseoso, evaporación, y el de lo sólido a lo gaseoso, sublimación. Ubiquemos desde esta reflexión una pregunta hipotética: ¿y si en el marco del “desmoronamiento de las *sólidas* fronteras”, del que tanto se habla hoy en día, particularmente a partir de la caída del muro de Berlín, estamos asistiendo a un proceso de *sublimación* de la cultura en el que, como propone Berman (1982) *lo sólido* deviene gas? ¿Qué fue de las formas de territorialidad confinadas a un determinado entorno socio-espacial? ¿Será que esta noción clásica y “sólida” de lugar se ha hecho porosa, “gaseosa” o, acaso “líquida”, como sostiene Bauman (1999) en el contexto de la emergencia de nuevas formas aleatorias de territorialidad móvil, múltiple y yuxtapuesta? ¿En verdad han desaparecido las fronteras o tan solo se han disfrazado bajo nuevas y sutiles formas de exclusión y selectividad?

En este contexto, ¿podemos hablar, realmente, de un “desmoronamiento de las fronteras” en un momento en el cual la exclusión adquiere sus más grandes referentes al interior de lo que algunos autores denominan la “tercera modernidad”? ¿De qué modernidad hablamos? ¿Qué idea de lugar puede resultar pertinente para enfrentar los permanentes *giros* del mundo actual? ¿Podemos hablar de un *giro* en la idea de lugar derivado de los propios giros que se han venido dando en los últimos años en torno a la idea de modernidad?

Numerosos autores, entre los que se destacan Bauman (1999), Berman (1982), Serres (1991) y Deleuze-Guattari (1994) han llamado la atención sobre el proceso de “recalentamiento”

cultural que caracteriza nuestra época (Foucault, 1994) en lo que acaso Virilio ilustrara (1998) a través de lo que denominara una “estética de la desaparición”; proceso en el cual las estructuras sólidas e inamovibles de la modernidad, en su correlato filosófico, político, económico, social, cultural y, sobre todo, territorial, empiezan a experimentar una profunda transformación y, acaso *deconstrucción*, como sugiere Derrida (1986), derivada del cuestionamiento de su estatuto.

Aquí, el “recalentamiento” del cual hablamos da cuenta de un desequilibrio térmico al interior del sistema-mundo que hemos construido; desequilibrio que, por demás, y si nos atenemos a la tercera ley de la termodinámica (relacionada con la entropía), aspira a obtener su máximo grado de estabilización (de equilibrio) en razón directa con el grado de desorden que esté en condiciones de alcanzar; así, el equilibrio solo se obtendrá en razón de que logremos llegar a un estado de “desorden generalizado”; de hiperexcitación de todas la moléculas al interior de nuestro sistema así “recalentado”...

Al fin y al cabo, no resulta gratuito que tres de los cuatro estados mencionados (metafóricamente desarrollados por diversos autores), el de la licuefacción (Bauman, 1999), el de la evaporación (Berman, 1982) y el de la sublimación (Lyotard, 1987) se alcancen mediante el calor... ¿Acaso la globalización neoliberal nos ha traído, en el marco de las flagrantes crisis políticas, económicas, sociales, ambientales y culturales que la han acompañado, un estado de “equilibrio generalizado” en medio del caos? No hay duda, la balanza que ha impuesto el capitalismo global ha alcanzado su máximo equilibrio: “para que exista un rico de un lado es necesario, como contrapeso, la existencia de diez mil pobres del otro lado”.

¿Qué cabría esperar, entonces, si no un *giro*, también generalizado, en nuestra relación con el mundo partiendo, evidentemente, de una re-semantización de la idea de lugar y, con ésta, del propio



contrato social en el que adquiere sentido la idea misma de frontera que caracteriza y diferencia uno y otro lugar?

Culturas “recalentadas”, como las construcciones híbridas a las que alude García Canclini (1989); territorios “recalentados”, como los derivados de las dinámicas desterritorializadoras y reterritorializadoras del mundo actual que señala Haesbaert (2007); sociedades “recalentadas”, como las evanescentes y conflictivas aglomeraciones urbanas de las cuales, respectivamente, hablan Bauman (1999) y Harvey (2007); conocimientos “recalentados” como los que acompañan la noción de epistemes nómades de las cuales hablara Foucault (1981) comparten una misma preocupación: ¿Qué es, en definitiva, lo que hoy en día podemos seguir llamando lugar? ¿Qué fue de su carga identitaria, así como del enorme contenido simbólico-territorial de seguridad y de estabilidad con el que siempre se le ha asociado?

Común denominador a todo esto resulta ser el enfrentamiento contemporáneo de dos marcadas tendencias, tanto en la geografía, como en el pensamiento en general: una que apunta a la conservación de lo establecido en sus tradicionales estructuras y estrategias de poder, las cuales, siguiendo a Eisenman (1984), podríamos denominar “clásicas”; y otra que le apuesta al cambio y a la movilidad en el marco de un proceso de-constructivo de la realidad (Derrida, 1986) desde la cual se empieza a pensar en una geografía de la porosidad como la que recogen Nogué y Romero (2006), o como la que se deriva del pensamiento de Soya (2011).

En este punto, el presente trabajo parte de una invitación a los científicos sociales, particularmente a los geógrafos, a llevar a cabo un acto de-constructivo en torno a la idea de lugar que hemos elaborado a lo largo de una modernidad que, siguiendo a los anteriores autores, tiende cada vez más a desmaterializarse, re-materializándose, a su vez, en nuevas formas de territorialidad

(Haesbaert, 2007), acaso más líquidas que sólidas, por seguir con la metáfora propuesta por Bauman (1999).

Para llevar a cabo esta operación deconstructiva es necesario que, en el plano de la metáfora, pensemos por un momento, a través de un *giro pre-copernicano* que, incluso, ignore temporalmente a Eratóstenes y su lúcida demostración de la circularidad del planeta, que la tierra es plana... que, como pensaban los navegantes en la Edad Media, al final de ésta solo nos espera el abismo y que gracias a éste existe como posibilidad una alternativa a seguir *girando* sin rumbo en este mundo redondo donde, al parecer, los principios cosmológicos de homogeneidad e isotropía que vemos en el universo tienden a repetirse inquietantemente en medio de este uniformizante mundo global donde en todas partes empezamos a ver lo mismo y donde podemos ver lo mismo, también, desde cualquier lugar.

En este estado de cosas, el asumir el mundo redondo sólo puede conducirnos al mismo lugar si decidimos seguir caminando en línea recta. He aquí la importancia de *girar* nuestro pensamiento en el marco de lo que la lógica de nuestra experiencia nos dice para pensar en una “tierra plana”, con límites; aquí, la frontera no puede hacer más que exacerbar nuestra curiosidad, nuestro arrojo y nuestra propia capacidad de exploración, acaso traspasando los límites, igual que aquellos navegantes que hace más de cinco siglos se atrevieron a adentrarse en ultramar más allá de las columnas de Hércules.

Acaso este sacrilegio geográfico, este atentado a los descubrimientos de la ciencia y al sentido común pueda ser lo único que nos reivindique la posibilidad de cuestionarnos los estatutos de realidad y validez de este mundo redondo que, por no parar de girar, no llega a ninguna parte. No obstante, ¿a dónde es necesario llegar? ¿A qué lugar? ¿Existe, acaso un destino cierto, un *fin* de la historia? Al menos eso creía la modernidad y bajo esa aspiración

se construyeron los *sólidos* cimientos de este mundo global en que nos ha tocado vivir.

En este contexto, si la historia tiene *sentido*, que no es lo mismo que decir que tenga una orientación, o acaso un final, como planteara Fukuyama (1992), y si éste se construye social y espacialmente, ¿no supondría el fin de la historia el propio fin de la geografía? ¿Asistimos, acaso, en medio de este mundo global, cada vez más escaso de referencias locales, al fin de la geografía? ¿Podremos vivir, entonces, sin historia y sin geografía? ¿Para qué lugares si tenemos centros comerciales todos idénticos al arquetipo de sí mismos en su particular idea de “no lugar” (Augé, 1993)? ¿Para que ciudadanía política si podemos ser consumidores o usuarios de la red en la que podemos gozar de “70 000 amigos”?

La conclusión es simple, es necesario *girar* para salvar la vida, contemplar una tierra plana puede ser, apenas, una necesaria *epojé* (una momentánea puesta entre paréntesis) válida, tan solo, para ver en medio de este frenesí mediático, de esta aparente movilidad, de esta revolución técnico-informacional, cuán detenidos estamos, cuánto es necesario que nos pongamos en marcha.

Como en aquella famosa obra de Heidegger, *Holzwege* (*Los caminos del bosque*, 1995) es necesario *girar* para avanzar, a veces retroceder, probar un camino, virar hacia otro, incluso, a veces, hacer parecer que retrocedemos cuando en realidad estamos avanzando o, al revés que, hacer parecer que avanzamos cuando en realidad estamos retrocediendo. De esta suerte, “girar” no puede resultar sinónimo de dar la vuelta, retro-ceder, volver atrás o, en el mejor de los casos, simplemente cambiar de rumbo (ya que es lo que permanentemente hacemos), sino de avanzar aproximándonos al vértigo del abismo.

Con todo, no solo el planeta y sus múltiples territorialidades han hecho crisis en el marco de una ambigua idea de lugar, sino también el modelo neoliberal que lo ha conducido los últimos

25 años; la utópica esperanza de que los mercados se regulen a sí mismos asignando una eficiente y justa equidistribución de los excedentes destinados al bien público nunca dejó de ser más que un inalcanzable ideal que, en ningún caso, podría derivarse de la posición sectaria y fundamentalista que acompañó el modelo Thatcher-Reagan y, junto con él, el llamado “Consenso de Washington” que alentara la privatización y la liberalización; el resultado de esta apuesta neoliberal (perversa de partida en razón de su preocupación por la conservación hegemónica del modelo capitalista de acumulación *per se*) no ha sido el crecimiento económico esperado, sino el aumento de las contradicciones sociales, el debilitamiento de los estados-nación, la expoliación ambiental, la privatización, la depauperación de los sistemas de pensiones y de los servicios sociales, la paulatina pérdida de los derechos civiles y, entre otras cosas, el posicionamiento del consumo como nuevo vehículo “socializador”; situación agravada en aquellos países que, aunque pudieron haber crecido en su economía durante estos años, han visto que la riqueza se ha quedado en los pocos bolsillos de la privilegiada cumbre social, alentando en sus respectivos contextos un ya atávico y creciente *apartheid* socio-ambiental. La realidad es simple, el mundo se ha recalentado, pero la consigna general es la de mantener la cabeza fría, la de no permitir que entre la duda al interior de un sistema tan *con-solidado*.

Ante este estado de cosas, y en medio de un mundo donde todo parece dirigirse hacia “lo global”, sin que aún se tenga muy claro qué significa eso, *girar* no puede suponer más que volcar nuestra mirada, eso sí, de una manera renovada, hacia lo local, hacia lo conocido, hacia aquello que por cercano se oscurece por su propia evidencia, como decía el poeta Machado; pues, a fin de cuentas, es en lo local donde podemos encontrar la puerta hacia un mundo global no homogéneo y, por tanto, más amplio y dispuesto a la diversidad. ¿Qué puede ser más cercano, entonces, que nuestra construcción de lugar en tanto es allí donde nos construimos a

nosotros mismos mostrándonos de tal o cual manera en nuestro particular modo de espacializar? “Pensar localmente y actuar de manera global” supondría, entonces, darle un *giro* a esa tendencia del pensamiento hegemónico que nos obliga justamente (o injustamente) a hacer lo contrario, o sea, a “pensar globalmente para actuar de manera local”; es decir, a cumplir con la tarea, cualquiera que esta sea, impuesta por una pre-determinada idea de orden y, por lo mismo, de seguridad.

No obstante, el mundo no “es” sino que se hace, *ocurre*, “tiene lugar” a la luz de uno u otro imaginario u orden simbólico, de una u otra tecnología política, de una u otra estructura de poder; es hecho a cada paso de nuestras acciones u omisiones en el marco de nuestro propio devenir histórico y cultural; es decir, surge y fulge en medio de la diversidad, de ahí el peligro de asociar conceptos como globalización y mundialización en lo que de aquí fácilmente se deriva para la implantación y “legitimización” de un único principio de razón, de un único orden hegemónico, de una única idea de lugar (la de lugar estratégico) y, por lo mismo, de un único mundo, pues creemos con Leibniz que si bien “existen muchos mundos, todos están en éste”; en lo que sí diferimos del filósofo es en creer que este mundo en que vivimos sea, precisamente, “el mejor de los mundos posibles”.

Que el mundo sea una “ocurrencia” no significa nada distinto a que “tiene lugar”, a que se aviene o *apresentifica* (Heidegger, 1986), a que tiene un origen, aunque no necesariamente un destino prefijado como quería el pensamiento de la modernidad; no obstante, la noción de lugar es necesario entenderla en medio de una clara idea de *mundanidad*; es decir, de *sentido*, lo cual pasa, necesariamente, no solo por la comprensión de las nuevas dinámicas de lo que la globalización y el cambio de paradigma civilizatorio técnico e informacional entienden por lugar dentro de la idea de modernidad que avala su particular idea de mundo sino, y sobre todo, en el marco del más hondo significado del concepto de

lugar (en su carácter nocio-emocional) para reconstruirla en relación con lo que somos como seres humanos; es decir, como seres sociales o, al decir de Heidegger, como “seres espaciantes; como “seres de camino”, dado que *camino* y *sentido* van de la mano. Sea pues la comprensión de la idea de lugar; o mejor, la construcción que hagamos de él a la luz de un claro horizonte de sentido, la base de un mundo en el cual lo que se globalice sea la solidaridad y no la injusticia o la inequidad.

Una primera reflexión surge en este contexto en torno a la naturaleza de los múltiples *giros* que a lo largo de los últimos cuatrocientos años han caracterizado la relación entre *modernidad*, *mundo* y *lugar*; *giros* que nos llevan a preguntarnos, en la actualidad, por la clase de modernidad en la cual vivimos y, por lo mismo, por la clase de mundo que nos inventamos; esto con el fin de ubicar una consecuente idea de *lugar* capaz de re-semantizar nuestro propio compromiso con el *mundo*.

Lo que se infiere de aquí es la necesidad de efectuar un análisis de la manera en que, al interior de lo que hemos denominado modernidad, el mundo como generalidad se ha cargado de sentido a través del espacio local; esto es, del espacio apropiado o expropiado pero, en cualquier caso, sentido, vivido y experimentado.

He aquí la clave para entender lo que, en nuestra opinión, consistiría el primer *giro* en el pensamiento geográfico de la modernidad, el cual nos lleva de las *explicaciones* sobre el mundo (al estilo del geógrafo Mercator)<sup>2</sup> donde, por definición, nos

<sup>2</sup> El geógrafo *Mercator*, cuyo nombre real era Gerhard Kremer, elaboró en 1569 el famoso mapamundi que cincuenta años después (si le damos a Descartes el honor de dar el banderazo inicial a la modernidad) y aún hasta ya entrado el siglo XX, sirvió de referencia para entender el mundo a la luz de una primera modernidad y en el marco, siempre, del triunfalista espíritu europeo que, años después de Marco Polo, Colón, Magallanes o Vasco da Gama, aún seguía dando cuenta de su “descubrimiento” en razón de justificar de tal forma la búsqueda de novedad que ya desde el siglo XVII acompañará el espíritu moderno y, con él, su mirada objetualizante respecto de “eso otro” que es necesario conocer para dominar.

colocamos en un privilegiado “afuera” desde donde lo juzgamos, nombramos y objetualizamos, a las *implicaciones* en torno a él, donde necesariamente nos ubicamos en un “adentro” a partir del cual lo experimentamos.

En el primer caso, el mundo es un *factum brutum* ya dado que se nos presenta como un producto cerrado, completo y terminado; en el segundo, es una entidad abierta, posible y factible. En el primer caso, el mundo es una herencia, un legado predeterminado; en el segundo, resulta un proyecto, un imaginario. En el primer caso, el mundo se nos presenta bajo la idea de un lugar a *ocupar*; en el segundo, bajo la premisa de un lugar abierto en y gracias al acto de *habitar*. En el primer caso, el mundo es un *topos* conocido medible y predecible; en el segundo, un inmenso e inabarcable *ou-topos*, una utopía, la de hacer de él un lugar *con-sentido*; tarea ya bastante difícil, en medio del actual estado de cosas y de las avasalladoras fuerzas del mercado.

Hablamos pues de las implicaciones de la geografía con la utopía de abrir lugar al espacio habitado en un momento en el cual el *giro* perverso introducido por la economía de mercado (evidentemente existen giros tanto alentadores como desalentadores) ha hecho que su valor de uso y significación devenga rápidamente en valor de cambio y donde la aparente disyuntiva de estar “en” el mundo o estar “frente” a él se resuelva en el ejercicio de una mirada economicista y funcionalista de la realidad conducida por la razón práctica, base de la proyectación, de la planeación, del ordenamiento del territorio y de las demás disciplinas y ciencias que se ocupan de poner “orden” al espacio habitado.

En este sentido, las relaciones entre *lugar, mundo y territorio* que ocurren en este vértice de la modernidad que nos ha tocado vivir debemos abordarlas y entenderlas, también, desde una mirada práctica, aunque no funcional, de ese mundo que a todas luces se resuelve, siempre, en el marco del espacio habitado y, por tanto, en la propia práctica del habitar en la cual convergen, entre

otras disciplinas, la arquitectura, el urbanismo, la planeación y la geografía humana.

Desde aquí, la nueva cartografía de “lo real” (preocupación y reto permanente de los geógrafos en cualquier tiempo y lugar) supone hoy en día no solamente confiar en el retrato que de la tierra hacen los satélites (más allá de las tendenciosas manipulaciones de Mercator),<sup>3</sup> sino entender la madeja compleja de relaciones socio-históricas que le ha dado forma a lo largo del tiempo, pues desde la aparición del ser humano sobre el planeta, en lo que resulta propiamente humano: transformar el entorno, “rayándolo” a través de la marca social del suelo para significarlo y dotarlo de nombres y sentidos, la geografía ha devenido humana. ¿Cómo no tratar de entender nuestra manera de “rayar el suelo” en la modernidad para contemplar, desde allí, nuevas posibles formas de rayado?<sup>4</sup>

El siglo XX, no hay duda, empezó y terminó en Sarajevo en el marco de dos conflictos asociados con el tema del “rayado” que acompaña la noción de frontera y, por lo mismo, de la identidad territorial toda vez que, desde finales del siglo XIX, en los Balcanes se concentraba buena parte de los odios, las rivalidades y las insatisfacciones de Europa, los cuales finalmente estallaron ese

<sup>3</sup> El mapamundi de Mercator, imbuido del triunfalista espíritu europeo, mostraba a Escandinavia más grande que la India, a pesar de que esta última es tres veces mayor; Europa tenía casi el mismo tamaño que América del Sur, aunque ésta última tiene casi el doble de extensión que el viejo continente, y Gran Bretaña se mostraba con la misma magnitud que Madagascar, cuando esta isla tiene casi el doble de magnitud que la primera (ampliar en Dieterich *et al.*, 1999).

<sup>4</sup> El concepto de “rayado” que aquí utilizamos es análogo al de “estriaje” que proponen Deleuze-Guattari (1994) con la idea de tratar de definir o, al menos, de nombrar, aquello que propiamente hacemos los seres humanos cuando tomamos lugar o asiento en cualquier tipo de espacio que de tal suerte territorializamos; resulta, por tanto, la manera de diferenciar el espacio que efectuamos mediante el acto de habitar; corresponde así con lo que denominamos “la marca social del suelo”, aquella que nos distingue al distinguir nuestra forma de espacializar. A través del “rayado” nos apropiamos del espacio y lo cargamos de sentido para así dotarlo del contenido simbólico que de tal suerte lo caracterizará y legitimará como lugar.



28 de junio de 1914 cuando Francisco Fernando, heredero del trono del imperio Austro-Húngaro, y su esposa, fueron asesinados en esta ciudad por un estudiante nacionalista serbio (seguramente preocupado por el *lugar* de los serbios en esa sociedad); situación que propició que Austria-Hungría lanzara una campaña de aniquilación contra Serbia, la cual, a partir de la intervención de Rusia, desató la primera guerra mundial.

Ochenta años después (1994) y repitiendo la misma consigna nacionalista y “depuradora” que años atrás lanzaran los austro-húngaros contra los serbios, los propios serbios, a través de las hordas asesinas de Milosevic, y agitando nuevamente las banderas del nacionalismo étnico, hacían de Sarajevo un nuevo campo de batalla con el fin de expulsar a los bosnios de lo que desde el resultado de la segunda guerra mundial era su *lugar* (hasta ahora compartido con los propios serbios); situación que reestructuró de tal forma el mapa político de la región en el marco de unas nuevas e intolerantes fronteras culturales que abrió camino a este contradictorio siglo XXI y a su denodado esfuerzo por definir y delimitar, de manera clara e irrefutable, una determinada idea de lugar (y de frontera) en la que, al fin, estemos seguros.

Tal es la magnitud de una ingenua utopía que no ha hecho más que construir mayor inseguridad en razón de los muchos muros que, desde entonces, en medio de la fiesta del “desmoronamiento de las fronteras” que devino con la caída del muro de Berlín, ha propiciado la construcción de nuevos muros, tanto físicos como simbólicos, ante los cuales lo único que se escapa es el mercado y la lógica expansionista y colonizadora del capital y de su dilecto garante: el consumo (Yory, 2006).

Lo cierto es que el derecho a la diversidad y a la multiculturalidad, del cual hablan hoy en día casi todas las cartas constitucionales, aún se debate, en este mundo “abierto y global”, en medio de la emergencia creciente de reciclados nacionalismos chauvinistas y de trasnochados sectarismos xenófobos que de tal

suerte reactualizan la necesidad de que volvamos a preguntar por el lugar y por las maneras en que a partir de él podamos hacer *girar* el proyecto global hacia la tolerancia, la convivencia y la solidaridad.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Augé, Marc (1993). *Los no-lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Zygmunt (1999). *Modernidad líquida, cultura e incertidumbre en el nuevo capitalismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Berman, Marshall (1982). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México: Siglo XXI.
- Deleuze, Guilles, y Felix Guattari (1994). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Derrida, Jaques (1986). *De la gramatología*. México: Siglo XXI.
- Dieterich, Heinz *et al.* (1988). *El fin del capitalismo global y el nuevo proyecto histórico*. México: Nuestro Tiempo.
- Eisenman, Peter (1984). "El fin de lo clásico: el fin del comienzo, el fin del fin". *Revista Arquitecturas bis*. 3: 29-37.
- Foucault, Michel (1994). *Un diálogo sobre el poder*. Madrid: Atalaga.
- Fukuyama, Francis (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.
- García Canclini, Néstor (1989). *Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- Gutiérrez, Daniel (2007). *La posmodernidad de Lyotard explicada a los posmodernos*. Zinacantepec: El Colegio Mexiquense.
- Haesbaert, Rogerio (2007). *O mito de la desterritorializacão. Do fim dos territórios á multiterritorialidade*. Río de Janeiro: Bertrand.
- Harvey, David (2007). *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.

- Heidegger, M. (1986). *Ser y tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, Martin (1995). *Los caminos del bosque*. Madrid: Alianza.
- Lindón, Alicia, y Daniel Hiernaux (2011). *Los giros en la geografía humana. Desafíos y Horizontes*. Barcelona: Anthropos.
- Lyotard, Jean-Françoise (1987). *La posmodernidad explicada a los niños*. Barcelona: Gedisa.
- Nogué, Joan, y Joan Romero (2006). *Las otras geografías*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Serres, Michel (1991). *El paso del noroeste*. Madrid: Debate.
- Soya, Edward (2011). *Postmodern Geographie*. Nueva York: W.W. Norton.
- Virilio, Paul (1998). *Estética de la desaparición*. Barcelona: Anagrama.
- Yory, Carlos Mario (2006). *Ciudad, consumo y globalización: caracterización de las grandes metrópolis en el comienzo de siglo / Una mirada desde la relación entre consumo y sociedad*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.